

Reseñas

José Manuel Cueva Toribio, *Ensayos Contemporáneos*, Actas Editorial, Madrid 2010

Carlos Clementson
Universidad de Córdoba

Desde la cima de su dilatada labor historiográfica y la juvenil madurez de su fecundo magisterio, primero en la Universidad de Valencia, y desde 1974 en el *alma mater* cordubense, el profesor José Manuel Cueva Toribio nos decanta en estos lúcidos y apasionantes “Ensayos contemporáneos” su reflexiva visión de nuestra España reciente con la objetiva y serena perspectiva que le caracteriza y un notable interés, en esta ocasión, por el plano de las ideas y la realidad de nuestra cultura, tan espléndida en las iniciales décadas de la pasada centuria.

El ensayo más extenso es el que comprende el capítulo III del libro, bajo el título de “La cultura bajo la Dictadura de Primo de Rivera. Un apunte.” En realidad se trata de un muy enjundioso y abarcador panorama de toda la cultura española en los años veinte, aquellos “felices veinte” llamados por algunos (y que realmente lo fueron en comparación con las décadas contiguas). Un espléndido recorrido por la literatura y todas las artes a través de ese frondoso paisaje intelectual que supuso esa Edad de Plata de la cultura española; amplio período que, en cierto modo, se inaugura con los grandes nombres de la Generación del 68 —Valera, Galdós, “Clarín”, la Pardo Bazán, Blasco, Pereda—, más la siguiente del 98, y va a mantenerse en una meritoria continuidad con las del 14 y la del 27 —Generación de la Dictadura, o de la República, como se la ha venido a llamar también—. Todas ellas señalan un ascendente y sostenido proceso de plenitud cultural, y en cierto modo también una recuperación política y económica, a partir de la Restauración canovista, tras la frustración de nuestra primera república, de la que siempre, por un motivo o por otro, serán dignos de recuerdo los nombres de sus cuatro bienintencionados presidentes.

Por lo que se refiere a las artes y las letras cultivadas a lo largo de los siete años de la Dictadura, “su carácter rupturista no se manifestará en el plano cultural, por cuanto en este terreno la Dictadura no será otra cosa sino la madurez de la representada por artistas, músicos y pensadores a la crisis formulada por la Gran Guerra y sus secuelas; y a tales efectos la neutralidad española en el proceso bélico no comportó aislamiento alguno, antes al contrario, de sus consecuencias espirituales e ideológicas.”

Desde un punto de vista estrictamente personal y familiar, creo que tanto a nivel individual como colectivo, todavía el español medio —desde la perspectiva intelectual y moral que nos brindan los años— no creo que sea del todo consciente del que me gusta considerar fuera el “gran milagro español” del siglo pasado: la neutralidad nacional en las dos guerras mundiales, auténticas guerras civiles de Europa, tan sangrientas o más, por sus grandes medios devastadores, como las mismas que hoy nos escandalizan entre las tribus del continente africano postcolonial, y guerras civiles que en perspicaz expresión de Eugenio d’Ors “venían a romper la unidad moral de Europa”.

Afortunadamente la corona alfonsina, con vínculos conyugales con la inglesa y maternos con la austríaca, optó, a despecho de los beligeros empeños de unos y de otros, por no contribuir (ni tener que sufrirla) a aquella sangrienta locura que supuso el primer acto del conflicto que luego desencadenaría, fatalmente, la segunda parte de la tragedia.

El profesor Cuenca Toribio reflexiona con pormenorizada visión sobre todos los aspectos de la creación intelectual y artística de aquellos años, que muchos, por comodidad mental y mala información, vienen a pensar que surgiera de forma meramente espontánea y casi milagrosa en el quinquenio republicano, cuando tantas veces se olvida, o parece no se quiere ver, que toda esta ingente renovación cultural venía produciéndose desde mucho antes incluso de 1923 (la pereza mental de tantos suele ignorar el fulgor intelectual de la europeizante Generación del 14), y particularmente eclosionó en el septenato primorriverista (a pesar del exilio y del autoexilio de algunas personalidades cimeras) con la plenitud de la Generación del 98, más la del 14, el grupo de la “Revista de Occidente”, junto a la irrupción juvenil de la del 27, sin olvidar la ejemplar contribución de la Universidad española de Menéndez Pidal, de Sánchez Albornoz, Américo Castro, Asín Palacios y tantos otros maestros de alto rango. Todo ello acontecía en el momento dulce de la modernidad y prosperidad de unos años en los que la burguesía española podía permitirse el lujo de ir de compras desde San Sebastián a París, y el valor de nuestra moneda estaba al cambio de un dólar, cinco pesetas.

Todo ello fue en gran medida fruto de la prudente actitud antibelicista de nuestras mejores cabezas políticas, que sabían que un conflicto de aquellas características no termina de dilucidarse sobre el campo de batalla de un velador de mármol por los estratagemas de café al uso, sino desde las terribles trincheras cenagosas de los frentes del Marne o del Somme. Ni siquiera un país tan pacífico como nuestra vecina Portugal pudo librarse de aquella absurda e irracional propensión al suicidio colectivo que acometió como un virus a las mayores naciones civilizadas de Occidente. Los positivos frutos y beneficios de la neutralidad sirvieron de sólida base económica para un desarrollo posterior en todos los órdenes. Como resume el profesor Cuenca, “el espectacular crecimiento económico y la estabilidad social proporcionada por la Dictadura favorecieron en alto grado el desenvolvimiento armónico y sobresaliente de las principales facetas de la vida cultural”.

Y todo esto lo escribe alguien —el autor de esta reseña, y perdónesele la autorreferencia— de quien dos miembros próximos de su familia, los hermanos Arderius, tuvieron que sufrir un tiempo de prisión junto al mismo Valle Inclán, y el cuñado de ambos, mi propio abuelo, destitución de su cargo político-administrativo, pero también quien en el seno de su propia familia oyó comentar varias veces como la ex regente María Cristina había pronosticado al monarca, al refrendar éste el golpe militar: “Hijo, hoy has perdido la corona”.

Preñadas de precisos datos sobre nuestra fecunda vida cultural son estas páginas que historian un período que el reseñista tiene muy próximo en su memoria adolescente por las noticias de primerísima mano que sobre estos mismos años a él regularmente le llegaran por directa información familiar. Páginas, contrastadas por una rigurosa bibliografía, en las que se hace un muy pormenorizado repaso a todos los eventos y producciones de índole cultural y científica, desde la música y las grandes realizaciones ingenieriles y urbanísticas, al Centro de Estudios Históricos, con referencias incluso al descenso de la conflictividad por “una política subrayadamente social” durante una época en la que “la completa integración del PSOE en el Sistema fue, conforme es bien sabido, la pieza clave de esta nueva coyuntura”.

Cuenca Toribio levanta acta no sólo de los grandes acontecimientos y realizaciones de las disciplinas humanísticas sino también de las propias del ámbito de la ciencia experimental, como el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales y la buena marcha de la Institución Libre de Enseñanza y su Residencia de Estudiantes, por cuyos salas y gabinetes discurrió lo más granado de la intelectualidad europea, desde Einstein a Chesterton, o Madame Curie, Paul Claudel, o Le Corbusier, entre otros.

Naturalmente, el historiador no se limita a señalar exclusivamente las realizaciones de índole capitalina madrileña sino —aún a pesar de la abolición de la *Mancomunitat* — la cosecha de

empresas y actividades culturales de la otra decisiva co-capitalidad intelectual española, promovidas muchas de ellas por el mecenazgo de Francesc Cambó, como su Fundación Bernat Metge, así como el renovado dinamismo de sus grandes firmas editoriales: Sopena, Montaner y Simón, Salvat, Gustavo Pili, Labor... pues “la dictadura que, políticamente, ensanchó la escisión de la sociedad española, culturalmente contribuyó a su cohesión, con la instauración de la Fiesta Nacional del Libro español en la efemérides de la muerte de Cervantes, o el Día del Libro, evento promovido por el inquieto ministro catalán Eduardo Aunós, o señalemos, aunque sea “en un plano privado (...) (cómo) en 1929 se concluye —70 volúmenes— la “Enciclopedia Universal ilustrada”, más conocida como “el Espasa”.

No escapa a la atención del autor otras jóvenes manifestaciones informativo-recreativas y culturales, como el nacimiento y desarrollo de la radio y de la industria cinematográfica en nuestro país, con la celebración en Madrid del primer congreso español de Cinematografía, en octubre de 1928, más otras manifestaciones de “la emergente cultura deportiva —androcéntrica, pero con una feminización creciente en las grandes urbes— que venían a cohesionar y a vertebrar el país”.

Tampoco obvia el historiador el interés por la actividad cultural “en las tierras del Finisterre peninsular”, al subrayar cómo “en octubre de 1923 nacía en Santiago el Seminario de Estudios Gallegos con un notable elenco de ilustres miembros, desde Armando Cotarelo, Filgueira Valverde o Bouza-Brey, y otras importantes manifestaciones literarias en la antigua lengua lírica de nuestro rey Alfonso X el Sabio.

También el orbe de la actividad musical (Falla, el maestro Rodrigo, Manuel Palau...) con su notable florecimiento tiene también lugar de honor en este brillante panorama del parnaso español en la década de los veinte, así como el extraordinario desarrollo que alcanza la arquitectura con impresionantes realizaciones como la consolidación de Madrid como gran urbe europea con la viva “competencia de la Ciudad Condal, eje de un pueblo cuyo permanente afán de afirmación encontrará en la hostilidad o esquivez de la dictadura un estímulo poderoso para su identidad”.

Si en el ámbito andaluz el sevillano Aníbal González (1879-1929) dejaría su inconfundible e imaginativa impronta meridional, el pontevedrés Antonio Palacios (1874-1945) “se erigió en el indiscutible artífice del gran salto hacia delante del perfil y la estructura de la Villa y Corte con sus primeras líneas de metro, el *Palacio de Comunicaciones* y el *Círculo de Bellas Artes*”, así como bajo la dirección del malagueño Rafael Bergamín (1891-1870) tendría lugar la magna realización de la *Ciudad Universitaria* de Madrid.

A un nivel más cercano y familiar subrayemos cómo la visión que de nuestra Córdoba moderna hemos tenido hasta ahora, con sus grandes edificaciones de la Plaza de las Tendillas y el arranque de la calle Cruz Conde son fruto urbanístico de esta etapa, que incluso alcanza a alguna que otra población no capitalina próxima, como el significativo “Teatro Cerezo”, en la histórica villa de Carmona, finalizado en 1930.

En el plano de las otras bellas artes —escultura, pintura...—, Cuenca Toribio se recrea en presentarnos una espléndida galería escultórica de vanguardia encabezada por dos personalidades de excepción, Pablo Gargallo (1881-1934), a quien “se debe la aportación esencial del nuevo concepto de la técnica del vacío y la del vaciado modelado al revés, de innegable origen cubista”, y el barcelonés Julio González, dos escultores de auténtico rango internacional.

Particularmente esplendorosa sería la gran aportación escultórica catalana bajo las luminosas coordenadas del clasicismo novecentista, postulado por el magisterio definidor de Eugeni d’Ors, con nombres como los de José Clará, Apeles Fenosa, Enric Casanovas, Joan Rebull, o Manolo Hugué, quienes muestran su particular estética mediterránea, a veces muy activamente revisada bajo las nuevas perspectivas vanguardistas de la Ciudad Luz.

Pero no menos interés tendrá la escuela castellana de Mateo Hernández (1884-1949), Emiliano Barral y Pérez Mateo, aunque “la sombra tutelar, junto con la del genial Julio Antonio (1889-1919), de todos estos escultores será la de Victorio Macho (1887-1966). Exiliado de la España de Primo de Rivera en plena apoteosis de audiencia y triunfo, no por ello su trabajo dejó de florecer en dicha etapa (...) con producciones tales como la *Fuente de Concha Espina*, en Santander —1925-27—; el *Monumento a Santiago Ramón y Cajal* —1926— en el Retiro madrileño, donde se ubicarán también sus dos *Galdós*, de 1920 y 1924, y el *Busto de Miguel de Unamuno*, ya en 1930, para celebrar y honrar el retorno del escritor vasco a la ciudad de sus amores”.

No olvida Cuenca Toribio otros dos nombres artísticos que se desenvolverán entre el postcubismo y el surrealismo, como el albaceteño Benjamín Palencia y el escultor y panadero toledano Alberto Sánchez, fundadores de la famosa Escuela de Vallecas, éste último armado “de una fuerte conciencia social y socialista”, admirado por nuestros mayores poetas, desde Alberti a Neruda, y cuyo auténtico compromiso le llevaría a vivir en Moscú tras el desastre civil y a sufrir en silencio los dictados academicistas del realismo socialista, tan en los antípodas de su ardiente e imaginativo vanguardismo, no menos comprometido, pero con un sentido de más actual vigencia estética.

Ninguna de nuestras regiones en su fecundo florecimiento artístico escapa a la atención de nuestro contemporaneísta, desde Daniel González, en La Rioja, al levantino José Capuz o los castellonenses Vicente Beltrán y Juan de Adsuara (1891-1973), de quien el que escribe esta reseña recuerda un interesante almuerzo, el verano del 69, a orillas del Mediterráneo en Castellón, en el que departimos sobre la estatuaria de la época y el magisterio omnipresente de otro valenciano ilustre, Mariano Bentlliure.

Como cordobés de adopción, no podría eludir el historiador la obra cimera de Mateo Inurria, con su extraordinaria *Forma* —1920—, el *Monumento a Rosales* —1922— y, en particular, su *Monumento al Gran Capitán* —1923—, con reminiscencias del Renacimiento italiano y notables matices innovadores, sin olvidar a Julio González con su excepcional dominio del hierro forjado y la soldadura.

Así, subraya el historiador cómo “la efervescencia regional, tanto en el plano acabado de esbozar como en todos los restantes de las bellas artes y de la vida cultural en términos generales, vendrá a ratificar por enésima vez la fuerza expansiva, el poder creador de una nación adentrada en el siglo de su modernización con irresistible empuje”, para concluir afirmando cómo “en un país todavía con incontables déficits en estructura económica-social, aún escasamente poblado y de pesados herencia cercana, el asombroso desbordamiento de energías al consolidar su andadura el siglo XX reclama, desde luego, una singular atención historiográfica. (...) El propio gobierno dictatorial semejó contagiarse de esta fiebre de productividad, que si no alentó, al menos no hizo nada por rebajarla; y así ha de constar en el registro notarial de la historia”.

Hemos dejado para el final la atención a las dos artes a las que constitutivamente parece más inclinado el genio creador de nuestro pueblo. Me refiero a la pintura y a la literatura, y muy en particular, al género poético. En cuanto a la primera, la figura totalizadora y omnipresente de Picasso (1881-1973), con su hegemónica y proteica actividad compendia todo el siglo XX, más los nombres de Joan Miró y Salvador Dalí, que también ya hablan suficientemente por sí mismos. En cuanto a la creación literaria resumamos toda la potencia creadora de una generación superdotada en un nombre emblemático, símbolo de toda una época: Federico García Lorca.

La aportación vascongada se acredita con las obras de los hermanos Zubiaurre, de Juan de Echevarría —retratista de la plana mayor del 98—, o de Ignacio de Zuluaga —“paisajista y también retratista de calidades singulares, en el que la Castilla, la España casi entera, del 98 encontró tal vez su mejor intérprete pictórico”, sin olvidar a Aurelio Arteta.

Internacionalmente conocido, el cordobés Julio Romero de Torres, admirado por Valle Inclán, Benavente, Manuel Machado y la mayoría de los poetas de su tiempo, va a acuñar un canon de belleza femenina inconfundible, que llegará a simbolizar el misterio —hecho de pasión y belleza, de una dolorosa y secreta belleza— de las mujeres de su propia ciudad, como metáfora de la ciudad misma.

Por lo que respecta a Cataluña, su genio creador no decae en cuanto a la pintura se refiere. Junto al magnífico y suntuoso José María Sert (1874-1945), de proyección internacional, es muy digno de atención Joaquín Sunyer (1874-1956), cuya primera obra expuesta, la *Pastoral*, de 1907, mereció una encendida crítica de Joan Maragall, y que en sus plácidos desnudos junto al Mediterráneo, en sus sedantes paisajes litorales, en los que se respira una suerte de suave *joie de vivre*, y en sus escenas familiares recogería ese gusto por una especie de *aurea mediocritas* y un optimista amor por la vida, presidido por el peculiar signo moral del *seny* catalán.

Frente al sereno equilibrio mediterráneo de los luminosos desnudos y maternidades de Sunyer, el tremendismo de Gutiérrez Solana marcaría ese otro rostro más tremebundo y ceñudo de una España de tintes más lóbregos y taciturnos, una cierta imagen de España muy traída y llevada desde la picaresca hasta el Pascual Duarte, que a ciertos distinguidos espíritus como el doctor Marañón no terminaba de gustar, por ese deformante perfil que ofreciera del país. Esa España negra en la que morbosamente muchos hispanos han gustado recrearse y flagelarse a la vez, en los antípodas de esa otra “España clara” postulada por Azorín, por Gabriel Miró, y tan luminosamente desbordante en los lienzos de Sorolla.

Otros nombres como los de María Blanchard o el onubense Daniel Vázquez Díaz con su magno *Poema del Descubrimiento* contribuirían a ofrecer una imagen menos tremebunda y cetrina de nuestra realidad.

Por otra parte, la mujer, en estos años de bullente dinamismo creador —“los felices veinte y los trágicos treinta”— cobra un singular protagonismo y actualidad tanto en ciertos deportes como en el arte, con los nombres de Maruja Mallo, y otros como los de Margarita Manso, María Teresa León, o María Zambrano...

Así pues, el septenato primorriverista tuvo la fortuna de coincidir en el tiempo y el acierto de dejar campar a sus anchas a todos estos ingenios, con la excepción del inmenso y recalcitrante don Miguel de Unamuno, el gigante de su generación, que, como todo lo suyo, genialmente hizo de su contumaz desafío público al otro don Miguel (Primo de Rivera) un fecundo caso de egocentrismo lírico y de afirmación personal.

Con estas rápidas anotaciones, y como resume el profesor Cuenca, creemos que quedará “fuera de discusión la asombrosa pujanza de la vida española en el mencionado período, reflejada de manera luminosa y ostensible en la vertiente cultural, dejada a sus anchas, sin las tutelas ni los dirigismos que la coyuntura dictatorial semejava propiciar”.

No poca fortuna, desde un punto de vista intelectual, supuso coincidir en el tiempo con las tres más cimeras generaciones de nuestra contemporaneidad —la del 98, la del 14 y la del 27—, fenómeno casi excepcional —si prescindimos del ubérrimo esplendor de nuestros siglos áureos— de la historia española. Como concluye Cuenca Toribio, “la conjunción de estrellas en los aires españoles pocas veces pudo compararse a la de la etapa última de la Dictadura, de la que, en general, “pasaban” olímpicamente.”

Mas todo esta cosecha de nombres y de obras no se improvisaba ni surgiera de manera espontánea: venía desde la gran aportación literaria de los hombres del 68, de la centuria decimonónica, como hemos indicado al inicio de estas líneas, aunque con exacto rigor historiográfico Cuenca Toribio se encarga de señalar cómo “algunas hornadas y promociones de fecha de nacimiento en los años de la Dictadura serían posteriormente catalogados con marbetes

de la segunda República... Ejemplo relevante de deturpación histórica en nada justificada, habida cuenta, sobre todo, del ancho y cristalino curso de las bellas letras y nobles artes de uno de los períodos de más admirable empeño educativo y cultural de uno de los grandes pueblos en el discurrir de la aventura humana”.

A lo que viene añadir: “el que la cultura de la etapa republicana fuese quizá más acumulativa que innovadora y creativa no comporta, claro es, ningún baldón ni elusión de su gran valor. Era natural que, después de la inmensa placenta de la década precedente y con artistas y escritores en pleno discurso creador en su mayor parte, éstos alcanzaran ahora el cenit de su trayectoria en una estela, más que epigonal, de hervorosa madurez. La siembra de movimientos, posturas y alternativas de los “felices veinte” fue de tan inmenso volumen que no tuvo nada de extraña la amplia cosecha entrojada ahora, sirviendo a su vez sus frutos de incomparable mantillo para nuevas tareas y empeños, muchos de ellos segados o abortados por la guerra civil”.

La mayor parte de estos esforzados protagonistas de nuestra historia cultural —desde el magnífico “abuelo” Galdós, o el levantisco Blasco, desde los profesoriales Pedro Salinas o Guillén, pasando por los no menos doctorales Marañón, Ortega o Pérez de Ayala— cabría adscribirlos a esa brillante corriente que, a trancas y barrancas, y huyendo de “los hunos y los otros” como don Miguel de Unamuno los llamaba, cabría adscribirlos a esa corriente de liberalismo progresista que con sus antecesores de la benemérita ilustración dieciochesca, vinieron a escribir las más brillantes páginas de nuestra Edad de Plata.

Otro de los más sugerentes ensayos que enriquecen esta obra es el que abre el volumen: “Personalidad e identidad histórica de España. Leves glosas un tanto a redropelo”, en el que pasa revista a ese tópicos carácter “esencialista” que muchos historiadores y filósofos de la historia han querido encajar en las claves genéticas del ser español. Me refiero a la un tanto melancólica tesis, imbuida del más acedo pesimismo, que pretende subrayar esa presunta “anomalía hispánica” de nuestra historia con relación al devenir de otros países de Europa, así como esa un tanto masoquista singularidad que se obstina en deducir una especie de trágico determinismo “guerracivilista” en nuestro pueblo, como una especie de comunidad particularmente cainita.

Y al tratar este aspecto de la interpretación histórica de nuestro país, me viene el recuerdo del benemérito y oficialmente tan maltratado Julián Marías —al fin recibió una distinción cultural, de manos del rey, y a título póstumo, junto a un elenco de diseñadores de moda y “cantaos” flamencos, en acto celebrado en nuestra Mezquita, cuando tan cicateramente se le había negado el premio Cervantes como al más insigne ensayista de la segunda mitad del siglo—. Hace unas décadas, nuestro filósofo se encargó de evidenciar en su magistral *España inteligible*, cómo la historia de nuestra nación no ha sido algo tan a contrapelo y “sui géneris” como el morboso masoquismo de algunos se ha empeñado en subrayar. Para Marías, como para tantos otros espíritus distinguidos, España en el curso de su historia no ha sido un pueblo ni una comunidad distintos a los del resto de la mejor Europa. (Todo ello ha venido a confirmarse en el positivo episodio de nuestra pacífica transición política). Ni el devenir histórico de nuestro país ha sido algo substancialmente diferente, o anómalo, con relación al decurso de otras naciones fundacionales del viejo continente; ni España ha sido un pueblo tan consubstancialmente “guerracivilista” como algunos aún se empeñan en calificarnos con un determinismo, o por una maldición histórica, que al fin y al cabo no es sino un desconocimiento más que general de la historia de las otras comunidades de Europa. (La civilizada Francia en sólo la segunda mitad del siglo XVI sufrió ocho terribles guerras de religión —45.000 muertos hugonotes en la trágica Noche de san Bartolomé— que devastaron la paz y que bien pusieron en guardia a su vecino Felipe II de España para mantener a salvo de esa civil discordia teológica a sus reinos. La revolución francesa fue en cierto

modo otra guerra civil, y en los estertores de la segunda mundial no dejó de dividirse el hexágono francés en otros tantos frentes ideológicos.

Una vez liberada la corona española de sus hipotecas europeas, nuestro siglo XVIII fue una centuria políticamente ejemplar y pacífica, marcando “el éxito de un Estado-nación con estatuto imperial en vertebrar una realidad histórica y socialmente plural en una empresa palintocrática, que devolvió al país a los dos o tres primeros lugares en el *ranking* del poder mundial y acabó por modelar la identidad nacional”.

Otro no menos interesante capítulo es el II: “Guerra y paz en la España moderna y contemporánea”, sobre “la actitud de los habitantes de esta viejo país ante la guerra”, como ya hemos anticipado, considerado por muchos como “uno de los pueblos más belicosos del planeta”. Lo cual si ello fue cierto por lo que se refiere a la esforzada empresa de la Reconquista peninsular y la dominación americana, no ha sido en modo así a todo lo largo del siglo XX. La benéfica neutralidad española en las dos conflagraciones mundiales y su consiguiente marginación de sus terribles secuelas”, la aversión y el rechazo frontal ante la encarnizada y aún omnipresente contienda civil han vacunado al pueblo y a la juventud española contra toda suerte de “marchas triunfales”, de redobles marciales y sones de clarín, haciendo “anidar en el espíritu de dichos sectores un repudio visceral del hecho bélico en cualesquiera de sus manifestaciones”.

El pacifismo a ultranza de la juventud española llevaría a un gobierno conservador —cosa impensable en nuestra juventud— a la abolición del servicio militar obligatorio por falta de reclutas, dada, en cierto modo, la abrumadora cifra de objetores a empuñar las armas.

Todo lo cual venía incubándose desde la penosa sangría y mortandad ultramarina de nuestro 98, doblemente dolorosa por la vergonzosa “redención a metálico” de los sectores pudientes de nuestra sociedad, más la experiencia del terrible matadero de nuestras campañas en el norte de África, con las consiguientes revueltas populares ente tan convulsionantes carnicerías, y cuyo Informe Picasso, suspendido en su tramitación por el respaldo de don Alfonso al golpe militar de Primo, traería pocos años después la caída de la monarquía. Pues el pueblo español, sin necesidad de saber inglés, ni de leer a William Blake, había ya descubierto en su propia carne que “Los caminos de la gloria conducen a la tumba”, y como otros tantos pueblos europeos, tras tan amargas experiencias en la anterior centuria, se había decidido ya, bajo ninguna circunstancia, a no empuñar más las armas contra sus propios hermanos.

En otros ensayos del libro el autor, con serena objetividad y hondura, viene a reflexionar sobre otros tantos puntos de la mayor trascendencia de nuestro pasado, como la debatida cuestión de la identidad ibérica, así como sobre ciertos aspectos de la historiografía, con los consiguientes desastres intelectuales acarreados por la proliferación del amateurismo en dicha ciencia, dejándonos, finalmente, un iluminador y estimulante estudio sobre la España de nuestro tiempo, diseccionada con acendrado conocimiento y magistral autoridad.